

car tant par est de cler engien,
qu'en oubliance ne met rien
de rien (*cosa*) qu'apraigne n'oie dire.....
Et trestouz cil (*todos aquellos*) qui chanter l'oent,
sa clère vois et son chant loent.....
Ains mais (*jamás*) si faite mélodie
en tel enfant ne fu oie.....
Par biau chanter touz les enchante.....
Entre les biaux chans qu'il savoit
le-biaus respons qu'apris avoit
de la Purification
qui *Gaude, Maria, a non (nombre)*.....

Así los pinta el regio trovador:

O menýnn'a maravilla
er'apost' e fremoso,
e d'aprender quant'oýa
era muit'engennoso;
et demáis tan ben cantaua
tan manss'e tan saboroso,
que uencia quantos eran
en sa terr'e alende.....

E o cantar que o moço
máis aposto dizia,
e de que sse máis pagaua
quen quer que oýa,
era un cantar en que
diz *Gaude, Virgo Maria*.

Es patente que quien esto escribe huye de copiar y aun de imitar estrictamente un modelo; pero al propio tiempo se columbra que en ésta, como en otras cantigas, hay reminiscencias de los pensamientos de Gautier de Coincy.

En lo que se hermanan verdaderamente el Monarca

y el trovero, es en el alto y franco espíritu con que sacan á la vergüenza, sin convencionales miramientos, los vicios, los delitos y las ruindades del linaje humano. Como ambos son piadosos y hablan á una sociedad creyente no se asustan de la verdad, y alcanza su férula severa lo mismo á la plebe que al clero, á los príncipes y á los magnates. Esta es la austeridad firme y clara, que poco después se presenta audaz é inexorable en la *Divina Commedia*, donde no hay potestad ni jerarquía que ponga al abrigo de la moral censura las perversidades y las flaquezas de la tierra.

Algunas leyendas de hechos realizados fuera de la Península ibérica no se hallan en las colecciones más conocidas, y no es fácil atinar con sus primitivos y verdaderos orígenes. Tal acontece con la cantiga CCLXXXVIII, de un religioso que, habiendo ido á visitar el sepulcro de San Agustín, tiene, prosternado ante el altar de Santa María, una visión fascinadora, en la cual se le aparece la Virgen Madre cercada de innumerables santos y vírgenes, que con melodiosa dulzura cantaban su grandeza, y las gloriosas coronas que recibían en el cielo aquellas almas que habían seguido en la tierra los caminos de Dios (*as carreiras de Deus*).

El «ome boo de religion», según le llama el epígrafe de la cantiga, es San Dunstán, arzobispo de Cantorbery (segunda mitad del siglo x), á quien presentan los Bollandistas como insigne pintor, músico y calígrafo. El primer asomo de esta leyenda se encuentra en la sucinta noticia de este santo Prelado, escrita pocos años después de su muerte, por un sacerdote anglo-sajón. Más adelante la leyenda es reproducida, á mediados del siglo xi, por Osberto en su *Vida de San Dunstán*, y á

finés del siglo XII por la *Crónica* de Henilando, monje de Montfroid (1).

Alguna de estas narraciones, verosímilmente la última, hubo de ser la fuente de la cantiga del Rey Sabio.

También puede considerarse la noticia biográfica contemporánea del egregio Arzobispo de Cantorbery como fuente primordial de la cantiga XXIII, de una señora de Bretaña que, habiendo hospedado á un rey, carecía de vino para obsequiarle y lo halló por celestial prodigio.

Se ve en dicha noticia que la dama es la viuda Santa Elflada, de regia stirpe; el rey, Athelstan (que hizo traducir la Biblia en lengua sajona), y la ciudad donde pasó el milagro, Glastonbury, del condado de Somerset (2).

Triunfo esencial sería sin duda descubrir y determinar la fuente inmediata que ha servido al autor para la composición de cada uno de sus cantares; esto es, de aquellos que no han nacido de la tradición oral ó de los recuerdos é impresiones personales del poeta. Pero la tarea, en muchos casos, no es llana ni acaso hacedera. El Rey troyador toma sintéticamente los asuntos, condensándolos siempre, de las relaciones maravillosas que, en idioma latino ó vulgar, estaban en boga en su época. Los hechos en que funda sus narraciones son los estrictamente necesarios para el encadenamiento de la leyenda, reducida á canción; y como estos hechos se

(1) *Patrologia* de Migne, t. CCXII.

(2) Estas aclaraciones histórico-bibliográficas, relativas á las cantigas CCLXXXVIII y XXIII, se deben á la diligencia y laboriosidad del Rdo. Padre Fita, que las ha encontrado en el inmenso caudal hagiográfico de los Bolandistas. (Véase *Boletín de la Academia de la Historia*, t. XII.)

hallan por lo común, con leves diferencias, en todas las versiones, por mucha sagacidad que pudiera emplearse, desorienta no poco tanta sobriedad narrativa, y sería arriesgado señalar con seguridad el texto que ha sido cercano y verdadero origen del cantar milagroso.

Los más cautos y concienzudos conocen la dificultad de hallar en estas materias luz absolutamente clara y positiva (1).

En comprobación de la peregrina sobriedad con que el Rey Sabio versifica las consejas de la Iglesia ó del pueblo, basta comparar la extensión respectiva de algunos milagros escritos por Gautier, por Berceo y por el Rey de Castilla.

Leyenda de San Ildefonso.

Gautier de Coincy.....	1.350 versos.
Gonzalo de Berceo.....	108 »
Alfonso X.....	58 »

Leyenda de Teófilo.

Gautier de Coincy.....	2.090 versos.
Gonzalo de Berceo.....	657 »
Alfonso X.....	44 »

(1) Con relación á los *fabliaux*, hace el erudito Mr. Anatole de Montaiglon las siguientes juiciosas observaciones, que pueden aplicarse igualmente á la mayor parte de las consejas y leyendas morales y piadosas de la Edad media:

«Les ressemblances ou, si l'on veut, les coïncidences sont frappantes, mais la distinction successive des dates et surtout les généalogies réelles et prochaines sont beaucoup moins sûres. Ce serait la recherche la plus importante et l'affirmation la plus profitable; mais la plupart du temps, cette source vraiment directe et positive est, et sera peut-être toujours, à peu près impossible à établir.» (*Recueil général et complet des fabliaux des XIII^e et XIV^e siècles*, par M. Anatole de Montaiglon. Paris, 1872-1884.)

Leyenda del niño cantor, asesinado por un judío, que resucita entonando Gaude, Maria.

Gautier de Coincy.....	753 versos.
Gonzalo de Berceo no escribió sobre ella.	
Alfonso X.....	136 »

Leyenda de la vela que bajó del altar para colocarse sobre la viola del juglar.

Gautier.....	357 versos.
Berceo no escribió sobre ella.	
Alfonso X.....	76 »

Leyenda de la Virgen de Sardonay.

Gautier.....	1.019 versos.
Berceo no escribió sobre ella.	
Alfonso X.....	156 »

La leyenda de la Emperatriz de Roma (no la refiere Berceo) es la que escribió el Rey Alfonso con mayor detenimiento. No pasa de 158 versos.

En todas las demás cantigas, cuyo asunto se halla también en Gautier, la desproporción numérica es igualmente notable. ¿Cómo ha de suponerse que imita quien visiblemente se aparta de la forma y del carácter literario del modelo?

Si han de buscarse las verdaderas huellas literarias que en su Cancionero siguió el rey Alfonso, hay que acudir á los trovadores de Provenza y de Cataluña. Allí están los modelos que, en arrojo y refinamiento métrico, en libre estilo y en giros idiomáticos, imitó y aun copió en sus versos gallego-portugueses el trovador de Castilla.

Fueron también fuentes de los cantares de Alfonso X asuntos personales suyos ó de su familia, y asimismo ciertas impresiones de índole maravillosa, que labraban poderosamente en su ánimo. Conviene recordar, entre otras varias:

Las enfermedades que padeció en Sevilla, en Vitoria, en Valladolid (cantigas CCIX, CCXXXV, CCLXXIX).

La túnica milagrosa que lleva á su capilla para confundir á los «herejes descreídos» (cantiga XVIII).

La enfermedad de la reina D.^a Beatriz (cantiga CCLVI).

El tesoro de plata que la Virgen reveló al rey Alfonso (cantiga CCCXLVIII).

El estéril empeño de los moros (á pesar de sus materiales esfuerzos) en destruir la iglesia fundada por Alfonso en la *Arreixaca* de Murcia.

«..... miragre que vi
desque mi Deus deu Murça.»

(Cantiga CLXIX.)

La enfermedad que en su infancia padeció San Fernando (cantiga CCXXI). Esta es acaso la más importante de las narraciones familiares del Cancionero de Alfonso X, por las menciones históricas que contiene. Se complace en recordar que su abuelo, el grande Alfonso VIII, alcanzó señaladas victorias en Gascuña, y que, habiendo establecido la corte en Burgos, edificó allí un hospital, mientras su esposa, hija del Rey de Inglaterra, fundaba el famoso *Monasterio de las Olgas*. Esta canción, más que milagro, es piadoso homenaje á la memoria ilustre de su familia.

Aprovechaba igualmente el Monarca para sus cantares relaciones que la voz común repetía y no hallaba

el poeta en las famosas colecciones de los ensalzadores de la Madre de Dios. Tal es, por ejemplo, la gentil leyenda de *Musa*, la niña atolondrada é insustancial que, embelesada con los esplendores de una visión celestial, quiere irse con la Virgen (cantiga LXXIX).

En los *Diálogos de San Gregorio* se halla, según Mussafia, la versión primitiva. Fué popularizada por la tradición, y llegó en Castilla á ser tan conocida que la reprodujo el rey D. Sancho en sus *Castigos e Documentos* (cap. LXXXII), si bien con menos primor y gallardía que lo había hecho su egregio padre en las *Cantigas*.

Á estas relaciones por la voz popular propaladas, pertenecen: la cantiga CCLIX, de los dos juglares enemigos; la CCCVII, de la «tempestade de fogo» en tierra de Sicilia (erupción del Etna); la CLVI, del letrado, cuya lengua (que le habían cortado unos herejes porque entonaba cánticos á Santa María) renació de repente al esforzarse para cantar de nuevo; la CXLI, del devoto anciano vuelto á la juventud por sobrenatural influjo; la CCLXI, de la fila de personajes santificados que una mujer vió pasar una noche en visión fantástica; y tantas otras cuyos orígenes no ha sido dable encontrar.

También de estas leyendas de divulgación popular nos ofrece patente ejemplo la hebrea de la Fuencisla, despeñada desde una roca por judicial sentencia, y salvada por la Santa Virgen, cuya misericordia había implorado. La judía se hizo cristiana, recibiendo el nombre de María, y pasó el resto de su vida dando ejemplo de austera virtud y de acrisolada devoción en la catedral, donde fué sepultada. El pueblo segoviano la designó con el apodo de *Marisaltos* por genial costumbre, no

con burlesco espíritu, pues demostró constantemente veneración y afecto á la mujer que había alcanzado tan visiblemente la protección del cielo.

El rey Alfonso tendría unos diez y seis años cuando ocurrió el prodigio, y hubo de grabarse en su memoria, pues acertó á convertirlo algunos años más adelante en una ingeniosa cantiga escrita en fáciles y cantables versos octosilabos (CVII) (1).

(1) El Rdo. P. Fidel Fita ha dado completa luz á los testimonios históricos de esta milagrosa leyenda en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. IX; 1886.